

---

---

ALOCUCION

EN NOMBRE DE LA SECRETARIA DE FOMENTO

En la distribución de premios  
á los alumnos de las Escuelas Nacionales, en Abril de 1888.

---

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

Si grandes son el regocijo y la dicha de la Patria en los días en que celebramos los triunfos de nuestros heróicos soldados, grandes son también en los días como éste, en que el trabajo encuentra el galardón debido y el talento se siente estimulado.

Si benditas deben ser y son por todo buen mexicano las fechas memorables esculpidas por el cincel de la fama en los anales de nuestras glorias patrias, no menos dignos de eternal recuerdo son estos días en que los hijos predilectos de la Nación, sus grandes hombres del porvenir, vienen á noticiarle un nuevo triunfo sobre



el enemigo formidable de la democracia y del progreso, la ignorancia.

Nada más justificado que la alegría, cada año mayor, que se observa en esta simpática fiesta, porque entre la una y la otra da siempre el país un paso más en la senda del perfeccionamiento de la educación.

Progresando constantemente las ciencias todas, natural es que se adelante también en los métodos de enseñanza, dada la relación íntima que existe entre esos métodos y los estados sociales coexistentes.

Dirigid la mirada á los antiguos tiempos del despotismo político, duro en sus órdenes, que gobernaba por el temor castigando implacable las menores faltas; siglos en que se creía que la industria debía cimentarse sobre prohibiciones y proteccionismo, y que las leyes debían fijar la calidad y los precios de las materias primas y de los productos manufacturados, indicando también el curso de la plata, y comprenderéis en seguida el sistema restrictivo de la educación de aquella época demasiado sombría para nosotros ante la luz de la civilización moderna.

En estos tiempos que hemos tenido la dicha de alcanzar, las libertades políticas se han desarrollado, son más humanas las leyes penales, los gobiernos surgen, sin imposición, del seno

de la sociedad, y la experiencia ha demostrado que el comercio, y el trabajo, y la agricultura, prosperan en razón directa de las libertades de que gozan.

Y por eso hemos llegado á comprender que no debe estorbarse en manera alguna la marcha natural de las evoluciones mentales, que no debe sujetarse á moldes el desarrollo del espíritu humano; porque la educación, lo mismo que la economía, están presididas, como dice Spencer, por la eterna ley de la oferta y la demanda.

Pasaron ya, para no volver, los tiempos del *Magister dixit*, y no se escucha decir en nuestras aulas: "creed y no interroguéis."

Hoy sabemos que saber de memoria es no saber; no se imponen ni se aprenden reglas; se investiga, y de los casos particulares se va á la generalización: hé ahí el nuevo método. Conquistamos á fuerza de trabajo las verdades generales, porque la práctica nos ha demostrado que los bienes que fácilmente adquirimos, fácilmente también desaparecen.

Conocemos la gran diferencia que existe entre el espíritu sabedor de las reglas y el que ha logrado asimilarse los principios. Los hombres de ciencia han reunido los hechos, los han generalizado, y de ahí la organización actual de los conocimientos humanos.



Hoy, desde niños, se procura desarrollar sistemáticamente nuestras facultades observadoras. Porque se ha comprendido que el éxito depende en gran parte de la observación concienzuda, y ésta no sólo es indispensable al artista, al científico y al naturalista, sino que es necesaria para el seguro diagnóstico del médico, para la estabilidad de las construcciones del ingeniero, para los informes del abogado, para la exactitud de las consecuencias del filósofo y la mayor hermosura de las imágenes de los poetas.

Los métodos de educación cada día están más de acuerdo con los procedimientos de la naturaleza, porque el método de ésta es el arquetipo de los métodos.

Procediendo de lo simple á lo compuesto, no sólo en los detalles de la educación, sino también en el conjunto; no presentando la fórmula científica, sino cuando las concepciones son perfectas; haciendo comprender al espíritu los principios por medio de los ejemplos adecuados; consultando para seguirla la marcha general de la civilización; yendo de lo empírico á lo racional, como sale cada ciencia del arte que le corresponde; estimulando la actividad y el desarrollo espontáneos de las facultades intelectuales, y procurando que los estudios produz-

can siempre excitación agradable, es como ha llegado á formarse el actual sistema de instrucción á la juventud.

En el año anterior faltaba para completarlo la Escuela Normal de los profesores de instrucción primaria. Hoy el Gobierno, venciendo toda clase de dificultades, la ha creado ya sin detenerse en sacrificio alguno.

Con ella quedó satisfecha la necesidad de formar al maestro, necesidad imperiosa, pues según elocuentes frases del Señor Secretario de Instrucción Pública, "así como al establecer el templo se piensa en el sacerdote, como al fundar la religión se cuenta con el apóstol, como para hacer la propaganda es indispensable el misionero, así para levantar los institutos de instrucción primaria á la altura de su objeto trascendental, ha sido necesario pensar en el maestro de escuela, que es el sacerdote, el apóstol de la religión del saber, el misionero que derrama en terreno fértil y virgen las semillas del árbol de la ciencia á cuya sombra únicamente pueden llegar las naciones á ser verdaderamente libres, grandes y felices."

Congratulémonos de ese adelanto, porque el progreso es la ley, la gran creencia del siglo XIX. Abrid las páginas de la historia y le veréis iluminando los hechos todos de la huma-



nidad. Dirigid vuestros ojos á las formaciones geológicas del globo, y allí le encontraréis también, subiendo desde los seres inferiores de la escala zoológica hasta el hombre de admirable organización y de elevada inteligencia.

La historia del progreso es la historia de las libertades del hombre, es la historia de la autonomía del individuo, síntesis de la ciencia política moderna.

La instrucción pública es la base indestructible, el cimiento inquebrantable de esas libertades y de esa autonomía, origen de todas las demás y actual desideratum de las democracias.

¡Qué mayor y más legítimo orgullo, pues, para vosotros, desde los párvulos de las escuelas primarias hasta los jóvenes estudiantes de las escuelas profesionales, que haber realizado un nuevo adelanto en el espinoso sendero de la instrucción!

Habéis luchado durante un año; os habéis conducido brillantemente en el pacífico y leal, pero rudo combate de la Escuela; habéis cumplido como buenos con vuestro deber, y hoy, día que no se borrará jamás de vuestra memoria, la Patria os premia por la mano del Presidente de la República.

Ostentad en lo sucesivo con noble satisfacción

los diplomas, y las medallas, y los libros que son los timbres de vuestro glorioso triunfo.

Depositadlos en el regazo de vuestras madres que son las directoras de vuestro corazón, las que ayudan eficazmente á las ciencias á infundiros sentimientos altruistas, y que según la frase de una célebre escritora, jamás se cansan de amar.

Ellas os adoran, se enorgullecen de vuestros triunfos, los consideran suyos, ven en vosotros una doble esperanza, la de la Patria y la de su ancianidad respetable.

Y ellas os dirán, en lenguaje siempre cariñoso: "Estudia, que no es posible ni debido que en este año adquieras menos lauros que en el anterior: estudia siempre;" porque ellas, las virtuosas mujeres de nuestra bendita tierra, no sienten nunca fatiga ni cansancio, en sus vehementes deseos de cooperar al adelanto, á la prosperidad y al engrandecimiento de la Patria mexicana.

Y de esa manera, México, con los ilustrados sacrificios de su Gobierno en pro de la instrucción, y con vuestra inteligencia y vuestra asiduidad en el estudio, llegará á ver, en un día no muy lejano, completamente realizados sus más brillantes destinos.

Y entonces, encendido en el fuego inmortal



de la instrucción, lucirá para siempre, sin eclipses y sin manchas, como la más brillante apoteosis de las ciencias, el sol esplendoroso de la prosperidad de la República.

Los alumnos actuales de la Escuela Normal serán, con su consagración al estudio, émulos dignos de Comenius Froebel y de Pestalozzi, y para no desmayar jamás en su lucha contra la ignorancia, tendrán siempre presente el gran ejemplo de Vidal Alcocer, "apóstol fanático, propagandista ardiente, misionero incansable de la enseñanza pública."

Los alumnos de la Escuela Preparatoria recordarán siempre el noble ejemplo de Barreda, y seguirán en su marcha las huellas del distinguido fundador, entre nosotros, de la instrucción científica preparatoria para todas las carreras.

Los distinguidos obreros que salgan de la Escuela respectiva, llevarán á una gran altura la imprenta, la litografía, la encuadernación y las demás artes nacionales.

Los abogados del porvenir, recordando que para Mirabeau era imposible comprender lo imposible, imitando á nuestros grandes legisladores y teniendo siempre en la memoria la frase inmortal: "Me quiebro, pero no me doblo," proseguirán infatigables en el perfeccionamiento

de nuestra legislación, hasta alcanzar el ideal bendito de la autonomía de la persona humana.

Los hijos de la Academia de Bellas Artes trasladarán al lienzo la belleza sin par, la grandiosidad sin límites de nuestras montañas y de nuestros campos; alinearán las calles de nuestras ciudades con hermosos edificios y adornarán nuestros paseos con monumentos soberbios.

Los ingenieros todos, lazo de amor viviente entre las más elevadas abstracciones de la ciencia y las aplicaciones prácticas más útiles á la humanidad, sin poder olvidar nunca la sublime terquedad de Galileo: "E pur si muove;" inspirándose en el ejemplo de los Newton y de los Laplace, de los Lyell y de los del Río, de los Heuzé y de los Stephenson, de los Eads y de los Lesseps, enriquecerán en lo futuro la Astronomía, conocerán cada vez mejor las formaciones de nuestro suelo, hasta destruir por completo el azar en los trabajos de los mineros; perfeccionarán los cultivos; cruzarán al país en todas direcciones con las vías férreas; salvarán los abismos con grandiosos puentes; perforarán las montañas con el aire comprimido y los modernos explosivos; mejorarán las armas de la Nación, como han mejorado los actuales la cureña del cañón Bange; usarán el bronce silizoso para aumentar en miles de kilómetros los hilos te-



legráficos; contribuirán á que el ferrocarril para buques atraviese por fin el Istmo de Tehuantepec, y jugando más tarde con la electricidad, como las generaciones presentes han jugado con el vapor, tomarán la fuerza allí donde la naturaleza la oculte como un tesoro, y la trasladarán á donde sea necesaria para el desarrollo de la industria; con la misma fuerza mejorarán los procedimientos metalúrgicos, y cooperarán, en fin, con sus conocimientos todos á resolver los arduos problemas que entrañan el mejoramiento de las sociedades y el progreso de la humanidad. No menores son, por cierto, las obligaciones para el porvenir, de los que habrán tenido la dicha de conocer desde su niñez el telégrafo perfeccionado y el teléfono, el fonógrafo y las máquinas eléctricas. La Patria será entonces grande, y habréis contribuído á su engrandecimiento. Los de la época actual os envidiamos.

Los médicos, profundizando cada día más su oscura ciencia, harán populares los conocimientos higiénicos necesarios para mantener en los individuos de la sociedad mexicana "mens sana in corpore sano," y bebiendo en las fuentes de los Ortega, de los Lucio y de los Jiménez, imitando el ejemplo de los Pasteur, llegarán indefectiblemente á desterrar las grandes epide-

mias, azote terrible de la humanidad, y ejerciendo siempre su noble profesión de acuerdo con su lema generoso "Aliis vivere," alcanzarán las bendiciones de los hombres y la gratitud de la Patria.

En cuanto á vosotras, que á las virtudes y gracias que os adornan queréis unir, noble deseo, los atractivos y encantos de la mujer ilustrada, proseguid en vuestra tarea, recordando que la paciencia es el genio, y así continuaréis siendo, como ya lo sois, desde ahora, faro del buen camino y fuente de inspiración para los sabios y los héroes.

Todos, desde el párvulo hasta el joven próximo á terminar su carrera, desde la niña que aprende á conocer las letras hasta la señorita que con sentimiento inimitable de exquisita ternura, sabe interpretar en el Conservatorio las más difíciles obras de los grandes sacerdotes de la música, todos poseéis un corazón mexicano, es decir, un corazón generoso, un corazón altivo, un corazón incapaz de ingratitud.

Dedicad, pues, en estos momentos de inmensa alegría un recuerdo cariñoso á aquellos maestros que, después de haberos guiado, han desaparecido ya por desgracia, como Agustín Barroso—el distinguido Ingeniero—de la escena del mundo.



Y cuando en la lucha con la ignorancia os sintáis desfallecer, recordad que los que os han enseñado, jamás de vista os perdieron; que les fué imposible creer que llegarais nunca á defraudar sus esperanzas, y que así como desde lo alto de las pirámides de Egipto, cuarenta siglos contemplaban al soldado francés, impulsándolo á batallar como un héroe, á vosotros, soldados de la ciencia, desde el hermoso cielo histórico de la Patria

Vuestros maestros os están mirando.

## DISCURSO

EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

Á EXPOSITORES MEXICANOS.